

CRISIS CLIMÁTICA: DEL COLAPSO A LA ESPERANZA ACTIVA

El cambio climático dejó de ser una amenaza lejana, porque ya estamos sintiendo sus nocivos efectos sobre el planeta. La única salida es un acuerdo político entre los Estados que detenga una gran catástrofe ambiental que sufrirá mayormente la población más vulnerable.

Malena Lozada Montanari

Es Licenciada en Ciencias de la Atmósfera, docente del área en el Departamento de Ciencias de la Atmósfera y de los Océanos de la Universidad de Buenos Aires, y becaria doctoral del CONICET en el Centro de Investigaciones del Mar y la Atmósfera y en el Instituto Franco-Argentino de Estudios sobre el Clima y sus Impactos. Es parte del Grupo sobre Variabilidad y Cambio Climático y sus Impactos en Escala Local y Regional. Su tema de investigación se centra en el impacto del cambio climático en distintas ciudades de Argentina.

Nadia Testani

Es Licenciada en Ciencias de la Atmósfera, docente del área en el Departamento de Ciencias de la Atmósfera y de los Océanos de la Universidad de Buenos Aires, y becaria doctoral del CONICET en el Centro de Investigaciones del Mar y la Atmósfera y en el Instituto Franco-Argentino de Estudios sobre el Clima y sus Impactos. Es parte del Grupo sobre Dinámica de la Variabilidad atmosférica sobre Sudamérica. Sus temas de investigación se centran en el estudio de impactos del cambio climático en cultivos del Noreste Argentino.

Leandro Baltasar Díaz

Es Doctor en Ciencias de la Atmósfera, docente del área en el Departamento de Ciencias de la Atmósfera y de los Océanos de la Universidad de Buenos Aires, e investigador del CONICET en el Centro de Investigaciones del Mar y la Atmósfera y en el Instituto Franco-Argentino de Estudios sobre el Clima y sus Impactos. Co-dirige el Grupo sobre Dinámica de la Variabilidad atmosférica sobre Sudamérica. Sus temas de investigación se centran en el estudio de la atribución del cambio climático observado y la predicción climática.





Reiteradas olas de calor, incendios devastadores por muchas partes del mundo, sequías prolongadas, ríos secos, inundaciones. Estos eventos aparecen cada vez más seguido en nuestras redes sociales, en las noticias, o los experimentamos en carne propia. Ya incluso empiezan a parecernos normales. Pero, *no son normales*.

Calentamiento global, cambio climático, crisis climática o ebullición global son términos que dan cuenta de uno de los principales fenómenos ambientales que están transformando nuestra época. No es algo que nos agarre por sorpresa. Hace varias décadas que existen numerosas investigaciones que vienen alertando que el aumento de la concentración de algunos gases en la atmósfera (los tristemente célebres gases de efecto invernadero) hace que se concentre más calor en nuestro planeta, lo que altera los climas de todas las regiones.

Desde la comunidad científica se ha establecido el umbral de aumento de 1,5°C en la temperatura promedio global (con respecto al período pre-industrial) como un límite para evitar un agravamiento significativo de los impactos asociados al cambio climático.

Sin embargo, la emisión de los GEI sigue aumentando, de la mano de una civilización que demanda cada vez más su uso y el de muchos otros recursos planetarios, para mantener su ritmo y estilo de vida, y hacer pleno uso de todos los avances tecnológicos. ¿Estamos viviendo mejor? Antes podemos preguntarnos: ¿estamos viviendo bien?

Desde hace muchos años, las advertencias cada vez más duras por parte de la comunidad científica aumentaron la conciencia de la sociedad sobre el tema y forzaron a los gobiernos del mundo a discutir qué hacer para poder detenerlo. Es paradójico que aun con una sociedad cada vez más demandante, las acciones de los gobiernos no sean del calibre suficiente para hacerlo. Y aunque para la Organización de las Naciones Unidas estemos en la “Década de Acción”, es una expresión de deseo más que una realidad: *venimos de varias décadas de acciones insuficientes*.

¿Qué tan lejos vamos a llegar? Esa es la pregunta a la que nos enfrentamos actualmente. Así como las emisiones de gases de efecto invernadero por la humanidad son responsables del acelerado aumento de la temperatura, las acciones de las sociedades son la clave para frenar ese aumento. Desde la comunidad científica se ha establecido el umbral de aumento de 1,5°C en la temperatura promedio global (con respecto al período pre-industrial) como un límite para evitar un agravamiento significativo de los impactos asociados al cambio climático. Ya estamos cerca del aumento de 1,2°C, por lo que nos corre la urgencia. En su último informe, el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) mostró que muy probablemente lleguemos a 1,5°C ¿Y qué pasa si nos pasamos de ese umbral? *Cada décima de grado importa* y cada acción que tomemos va a evitar un futuro con un clima cada vez más extremo. *Ya no hay tiempo que perder*.

El caso argentino

“El calentamiento global es otra de las mentiras del socialismo” escuchamos de parte de Javier Milei, uno de los principales políticos argentinos de la actualidad. En los últimos años aparecieron con más fuerza en el mundo, y en las palabras de relevantes figuras políticas –como los ex-presidentes Trump y Bolsonaro–, discursos negacionistas que no tienen absolutamente ningún correlato con la evidencia científica acumulada que se refleja en los periódicos informes del IPCC. También oímos muchas veces cuestionamientos sobre si en nuestro país debemos preocuparnos por este *problema*, entendiéndolo como de segundo orden, ya que las urgencias socioeconómicas están muy por encima de las preocupaciones relacionadas con el ambiente. Así se genera un dilema entre el desarrollo económico y el cuidado ambiental como si necesariamente fuese imposible conciliarlos.

¿Cuál es el problema asociado con estas visiones que no aceptan al asunto como algo real o que necesite tomar alguna acción? Cuando hablamos de la acción climática, podemos separarla fundamentalmente en dos tipos de acciones: las de mitigación o las de adaptación. En el primer grupo, encontramos las acciones tendientes a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Si bien es cierto que Argentina no es un jugador central en términos de sus emisiones (alrededor de 0,5%), su contribución tampoco es despreciable.

Sin embargo, al minimizar el problema del cambio climático, nos olvidamos de algo central: las acciones de adaptación. Los cambios en el clima, como el incremento en duración o intensidad de fenómenos extremos, *ya están ocurriendo*. Y aún en los escenarios más optimistas, podemos esperar un agravamiento de estos cambios y fenómenos en las próximas décadas. ¿Vamos a quedarnos esperando con las manos cruzadas?

Los cambios en el clima pueden agravar aún más los problemas socio-económicos que atravesamos actualmente (imaginemos, por ejemplo, los efectos que puede tener una inundación extrema en poblaciones de bajos recursos y con problemas habitacionales serios). Es por eso que la justicia social y ambiental van de la mano, y no tomar medidas serias para adaptarse a los cambios que están ocurriendo y que prevemos para el futuro, es también privarnos de nuestro *derecho a un mejor futuro*.

En tiempos donde se ponen en discusión las tareas del Estado, ¿podemos dejar en manos del sector privado la adaptación? ¿Podemos darnos el lujo de debilitar las áreas de gestión ambiental y sus competencias? Por el contrario, *la crisis climática nos exige la presencia de un Estado fuerte*, con capacidad de ejecución de políticas en esta materia, que se preocupe por el futuro de cada habitante de nuestro país.

Nuestros impactos. ¿Nuestras emisiones?

Otro problema aparejado a esta gran crisis climática es que *se intensifican las desigualdades que ya existen en el planeta*, volviéndose un mundo todavía más desigual.

El cambio climático es un problema global y se necesita de todos los países para poder enfrentarlo. Pero esta necesidad, real y urgente, a su vez manifiesta las diferencias profundas que existen a nivel mundial entre distintos países y continentes, así como también entre clases o sectores sociales.

En las reuniones de la Naciones Unidas sobre el cambio climático se habla de “responsabilidades comunes pero diferenciadas”. La responsabilidad es de todos, pero el norte global se desarrolló a costa del sur global y, en particular, a costa de emitir gases de efecto invernadero en una proporción que nos lleva al problema actual. *Todavía hoy esas emisiones históricas de quienes se industrializaron están muy por encima de las de los países que no llevaron a cabo ese proceso.*

El futuro que vamos a tener que afrontar es distinto según el lugar del planeta donde nos encontremos y, sobre todo, según las capacidades que tengan los distintos Estados para afrontar los efectos del cambio climático sobre sus territorios. No es extraño ni lejano pensar que las consecuencias asociadas al cambio climático van a ser mayores si a lo que ya ocurre le sumamos una población o grupo vulnerable que pocas herramientas tiene para afrontar estos problemas.

El IPCC ya lo dijo en su último informe: *la crisis climática se debe afrontar promoviendo la equidad y una inclusión real.* La cooperación y financiamiento internacional de quienes más tienen hacia quienes menos tienen es clave para comenzar a tomar acciones ya.

Hablemos de cosas posibles

Parece que estamos en una película de ciencia ficción, aunque con mucha más ciencia que ficción. La buena noticia es que estamos a tiempo de cambiar el final. Mejor dicho, estamos *en el tiempo de cambiar el final.* Puede parecer que vamos hacia un mundo que colapsa, pero *podemos ir hacia uno que se sana a partir de una crisis que nos empuja a ser mejores y a crear sociedades más justas.*

La filósofa Joanna Macy en su libro *Esperanza Activa* identifica tres relatos que cuentan la realidad. En el primero aparece el negacionismo del cambio climático o de la gravedad de la situación. El segundo se sustenta en un diagnóstico basado en evidencias, pero que exagera los peores escenarios probables. El tercero lo sustentamos y co-creamos quienes sabemos que el primer relato nos conduce a la catástrofe y nos negamos a que el segundo relato tenga la

última palabra. Acá nos queremos parar, en “el gran giro” que implica la aparición de diseños de nuevos futuros posibles que nos empujan a activar y *a pensar por fuera del sistema que nos trajo hasta acá*, y a exigir políticas creativas y ambiciosas. Empecemos con acciones climáticas concretas.

Hay varios grandes sistemas que constituyen nuestra vida y que, en función del mundo al que aspiramos co-habitar, deben transformarse:

Energía: la mayor parte de las emisiones proviene de quemar combustibles fósiles para generar energía. Para transformar este sistema se necesita coordinación y acciones de los estados para sustituir sus fuentes por renovables. Sin embargo, como habitantes de este mundo, debemos reducir nuestra demanda de energía y modificar nuestros patrones de consumo, es decir, cambiar nuestra dieta energética hacia una menos demandante.

Movilidad: en las ciudades, donde se concentra la mayor parte de la población mundial, la movilidad es una gran fuente de gases de efecto invernadero. Para reducir sus emisiones podemos: evitar el auto (sobre todo para el uso de una sola persona), usar más la bicicleta y otras formas de *micromovilidad* (como monopatines eléctricos), el transporte público y caminar más. Pero, además, es importante movernos menos, tratar de que nuestras actividades diarias estén cerca de nuestra vivienda. Todo esto no lo podemos lograr si desde la política pública no se toman acciones como garantizar que la mayor cantidad de personas vivan cerca de alguna estación de transporte público masivo de pasajeros, o que las ciudades se organicen para que las personas puedan desarrollar sus actividades cerca de sus viviendas.

Alimentación: este sector utiliza una gran cantidad de recursos de forma ineficiente. Necesitamos transformar nuestras formas de producción hacia formas que aplican principios ecológicos para producir alimentos. Además, se estima que, a escala global, se pierden alrededor del 30% de los alimentos producidos, así que no tirar comida es la primera acción que debemos tomar como individuos. Por último, cambiar nuestra dieta bajando la demanda de productos provenientes de animales es otra forma de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Como dijimos, *diseñar futuros requiere también de tu imaginación. Necesitamos trabajo en equipo, granos de arena, creatividad, y confianza en el proceso.* Necesitamos exigir a nuestros políticos la seriedad que requiere una crisis de esta magnitud, y empezar a verlo como una obligación moral pero también como una oportunidad

¿Contamos con vos? ■